

Una tarde, David Hartley fue a visitar a Josephine Elliott. Afuera, estaba fresco y despejado, como suelen ser las tardes del invierno canadiense, y las sombras largas y azules de los altos abetos que rodeaban la casa se proyectaban sobre la nieve.

Hacía mucho frío y todas las ventanas de las habitaciones que no tenían estufas estaban cubiertas por una capa de nieve plateada. Pero la cocina, grande y brillante, estaba cálida y resultaba acogedora, y ese día David la encontró más atractiva que de costumbre, lo que ya es decir demasiado.

David tenía la incómoda sensación de que ya se había quedado mucho tiempo y de que era hora de marcharse. Josephine tejía una larga media gris con agresiva energía, señal que indicaba que estaba cansada de hablar. Cuando Josephine tenía ganas de conversar, los dedos blancos y rollizos, entre los que se perdía el anillo de casamiento de su madre, se movían con lentitud al compás de las agujas. Cuando la conversación decaía, se ponía a trabajar en el tejido con tanta rapidez que parecía que un marido y media docena de hijos estuviesen aguardando a que terminara. A menudo, David se preguntaba qué era lo que Josephine hacía con las interminables medias grises que solía tejer. A veces pensaba que las ponía en las grandes cajas destinadas a los asilos y, otras veces, tenía la certeza de que se las vendía a su criado. Sea como fuere, parecían abrigadas y cómodas y David suspiró al pensar en el estado deplorable en que se encontraban las suyas.

Cuando David suspiró, Josephine se alarmó: tal vez David comenzara con otro de sus ataques de estupidez. Debía distraerlo de alguna manera. Enrolló la media gris, atravesó con las agujas el gran ovillo regordete y anunció la hora del té.

David se puso de pie.

—Supongo que no te irás ahora, antes de tomar el té —dijo Josephine con suma hostilidad—. Estará listo enseguida.

—Debo ir a casa —explicó David, con la expresión y el tono de quien se resiste a caer en la tentación—. Zillah me estará esperando con el té y debo atender el ganado.

—No creo que Zillah espere mucho tiempo —dijo Josephine con cierto desdén. En realidad, no hubiera querido hacer ese comentario—. Quédate. Me gustaría tomar el té

en compañía de alguien.

David se sentó. Estaba tan contento que Josephine tuvo que arrodillarse frente a la estufa simulando tomar un leño para ocultar la sonrisa.

«Supongo que David se debe estar deleitando ante la idea de saborear una buena comida, después de las míseras raciones que le sirve Zillah», pensó.

Pero Josephine se equivocaba con respecto a David, así como se equivocaba consigo misma. En realidad, Josephine había insistido en que se quedara a tomar el té por lástima, pero David supuso que se sentía sola y lo consideró un signo alentador. Por otra parte, si bien su almuerzo había sido uno de esos que sólo Zillah Hartley podía servir, David no estaba pensando en una buena comida. Se echó hacia atrás en la silla y miró cómo Josephine trabajaba con entusiasmo en la cocina y se regocijó ante la idea de estar una hora más con ella y de sentarse a la mesa, mientras Josephine sirviera el té y le alcanzara los bizcochos, como si... como si...

En ese momento, Josephine lo miró con una expresión tan intensa y seria que David no pudo menos que pensar que había leído sus pensamientos, de modo que se ruborizó al mismo tiempo que se sintió culpable. Pero Josephine ni siquiera advirtió que David se había sonrojado. Sólo se había detenido a pensar qué llevaría a la mesa, confitura de cerezas o de frutillas, y una vez que se decidió por las cerezas, apartó su mirada penetrante de David, en quien no reparó en ningún momento. Pero David dejaba volar su frondosa imaginación.

Josephine puso la mesa con la porcelana del casamiento de su madre porque ese día era el aniversario de bodas de su madre, pero David pensó que le estaba haciendo un honor. Y, como él sabía que Josephine apreciaba esa porcelana por encima de cualquier otro bien material, se acarició el mentón suave y lleno de hoyuelos con el gesto de un hombre a quien le están rindiendo un dulce homenaje.

Josephine salía y entraba a la despensa y subía y bajaba al sótano y con cada movimiento agregaba un nuevo y delicioso bocado a la mesa. Tal como admitían las demás mujeres de Meadowby, Josephine era una experta en el noble arte de la cocina. Cierta vez, un grupo de osadas matronas y de jóvenes ambiciosas aspiró a competir con ella, pero por fin comprendió la vanidad de sus esfuerzos y aceptó ocupar el segundo lugar.

Cuando Josephine apoyó la tetera sobre la mesa e invitó a David a sentarse, estaba tan orgullosa como un artista ante su obra. Había rodajas rosadas de lengua fría, encurtidos verde brillante y grosellas sazonadas, cuya receta había inventado ella misma y por la que había recibido el primer premio en la exhibición local durante seis años consecutivos. También había un pastel de limón, que parecía una sinfonía de oro y plata, bizcochos tan livianos y blancos como la nieve y trozos húmedos y esponjosos

de torta de frutas. Además, había confitura de cerezas de color rubí, un monte de jalea color ámbar y, para coronarlo, las vaporosas tazas de té, cuyo sabor y fragancia eran incomparables.

Y luego estaba Josephine, sentada en la cabecera de la mesa, con los rizos negros, suaves y lustrosos, y con las mejillas tan rosadas como veinte años atrás, cuando era una esbelta muchacha a quien el joven David Hartley contemplaba ruborizado durante las misas por sobre el libro de himnos y a quien luego seguía, a unos pocos metros de distancia, hasta la casa, porque era demasiado tímido para acercarse y pedirle permiso para acompañarla.

Si consideramos todos estos factores, no nos sorprendería el hecho de que David perdiera la cabeza y le hiciese la vieja pregunta una vez más. Hacía ya dieciocho años desde aquel día en que se lo había preguntado por primera vez y la última vez había sido dos años atrás. Volvería a probar suerte. Por cierto, Josephine estaba muy amable y David no recordaba haberla visto más amable que aquella tarde.

Cuando terminaron de tomar el té, Josephine retiró las cosas de la mesa y lavó la vajilla. Tomó una toalla seca y, cuando se sentó junto a la ventana para lustrar la porcelana, David consideró que había llegado el momento. Se levantó y se sentó a su lado, en el sofá que estaba junto a la ventana.

Afuera, el sol se ponía y formaba un hermoso arco de luz y color sobre los cerros nevados y sobre el mar azul profundo del golfo de San Lorenzo. David hizo un comentario sobre la puesta de sol para iniciar la conversación:

—¿No es hermosa, Josephine? —dijo con tono de admiración—. Me recuerda ese fragmento de poesía que solíamos leer en el viejo libro de lectura de quinto grado, cuando íbamos a la escuela. ¿Te acuerdas que el maestro nos obligaba a repetirlo todos los viernes por la tarde? Empezaba así:

Lenta es la caída por los cerros de Morea.

Más bella que su propia carrera:

El sol del atardecer.

Luego, David recitó todo el pasaje con voz monótona y lo acompañó con unos cuantos gestos grotescos que recordaba de los viejos tiempos de oratoria en la escuela. Cada vez que David le propuso matrimonio, comenzó recitando poesías. Josephine pasó la toalla alrededor del último plato con un gesto de resignación. Si tenía que suceder, cuanto antes terminara, mejor. Josephine sabía por experiencia que, a pesar de la timidez de David, no había manera de interrumpirlo una vez que había comenzado a recitar alguna poesía.

«Pero ésta será la última vez —se dijo con decisión—. Hoy acabaré con este asunto para que no se vuelva a repetir».

Cuando David terminó con la poesía, apoyó la mano sobre el rollizo brazo de Josephine.

—Josephine —dijo con voz ronca—, creo que... ¿podrías ahora?... casarte conmigo. Espero que sí, Josephine... espero que sí... ¿Crees que podrías?

Josephine dobló la toalla, cruzó las manos y clavó la mirada en su pretendiente.

—David Hartley —dijo pausadamente—, ¿qué es lo que cada tanto te hace insistir en proponerme matrimonio, cuando te he dicho infinidad de veces que no puedo y no quiero?

—Porque no puedo dejar de esperar que con el tiempo cambies de opinión —contestó David con timidez.

—Bueno, escúchame bien. En primer lugar, no me casaré contigo. Y en segundo lugar, ésta será la última vez. Así debe ser. Nunca volverás a pedírmelo bajo ninguna circunstancia. Si lo haces, no te contestaré, haré como si no te escuchara. Y —Josephine habló muy despacio y poniendo énfasis en cada palabra— nunca más te hablaré, nunca más. Ahora somos buenos amigos y te aprecio mucho. Me gusta que me vengas a visitar y mantener una charla cada vez que lo desees, pero todo se acabará si no haces lo que te digo.

—¿Josephine, no crees que esto es un poco cruel? —protestó David con voz débil. Le parecía terrible que lo despojara de todas sus esperanzas de esa manera tan terminante.

—Hablo en serio —contestó Josephine con calma—. Ahora es mejor que te marches, David. Cada vez que paso por una experiencia desagradable, siento la necesidad de estar sola.

David obedeció con tristeza, se puso el sombrero y el abrigo. Josephine, con mucha amabilidad, le dijo que se cuidara de no resbalar y lastimarse las piernas en el porche, dado que el suelo estaba cubierto de hielo, e incluso encendió una vela y la levantó para iluminarle el camino y para que cruzara a salvo. Mientras caminaba rumbo a su casa a través de los campos, David llevaba consigo la imagen de una mujer rolliza y atractiva, que llevaba puesto un vestido color ciruela confeccionado por ella misma y un delantal azul y arrugado, iluminada por la luz de una vela. Tal vez no era una imagen muy romántica, pero para David era más hermosa que cualquier otra cosa en el mundo.

Cuando David se marchó, Josephine sintió un escalofrío y cerró la puerta. Apagó la vela, ya que su mente ahorrativa consideraba que aún no estaba tan oscuro como para justificar la luz artificial. La casa amplia y vacía en la que ella era el único ser viviente le pareció muy solitaria. Todo estaba en silencio, excepto el tictac del reloj de péndulo y el suave ronroneo y el crepitar de la leña en el hogar. Josephine se sentó junto a la ventana.

—Quisiera que uno de los Sentner viniese a visitarme —dijo en voz alta—. Si David no hubiese estado tan ridículo, le habría dicho que se quedara. Cuando quiere, es una muy buena compañía: es muy inteligente y ha leído mucho. Y en su casa debe de pasar momentos deprimentes en compañía de Zillah.

Contempló la casa de enfrente, al otro lado del jardín, donde vivía su criado, que venía de la parte francesa del Canadá, y observó la espiral de humo rojo que salía de la chimenea y que formaba ondulaciones en el cielo de color azafrán. Josephine pensó en ir a visitar a la señora de Leon Poirier y a su bebé de ojos negros y piel oscura. No, nunca sabían de qué hablar.

—Si no hiciese tanto frío, iría a ver a Ida —siguió—. Pero creo que volveré a mi tejido. El otro día vi los dedos de Jimmy Sentner asomándose por las medias. ¡Qué deprimido estaba el pobre David! Pero creo que esta vez logré ponerle punto final a esa idea de casarse y eso me alegra.

Al día siguiente le contó todo lo que había sucedido a Ida Sentner, que fue a ayudarla a desplumar unos gansos. Estaban trabajando en la cocina ante una montaña de plumas y, en la mesa, había una hilera de aves que Leon había matado. Josephine estaba envuelta en la bata estampada y sin forma y tenía un pañuelo atado alrededor de la cabeza para apartar las pelusas de su hermoso cabello, del que estaba muy orgullosa.

—¿Qué te parece, Ida? —dijo, mientras se reía al recordarlo—. David Hartley vino ayer a tomar el té y volvió a proponerme matrimonio. Ahí tienes a un hombre perseverante. No puedo jactarme de haber tenido muchos pretendientes, pero sí tuve mi buena cuota de propuestas matrimoniales.

La mujer de Tom Sentner no se rió. Su rostro delicado y de belleza descolorida parecía no reír jamás.

—¿Por qué no quieres casarte con él? —preguntó malhumorada.

—¿Por qué habría de hacerlo? —replicó Josephine—. Dímelo, Ida Sentner.

—Porque ya es hora de que te cases —contestó la mujer de Tom con tono decidido—.

Creo que las mujeres no deben vivir solas. Y no veo qué otra cosa puedes hacer si no aceptas a David Hartley.

Josephine miró a su hermana con esa expresión de quien hace esfuerzos por comprender cierta actitud mental de una persona que le resulta desconcertante. A Josephine siempre le había divertido el hecho de que su hermana deseara verla casada. Ida se había casado muy joven, y durante quince años de su vida, no había hecho más que trabajar hasta el cansancio y sufrir enfermedades. Tom Sentner era un incapaz y un haragán; no atendía a su familia y pasaba la mayor parte del tiempo borracho. La gente de Meadowby solía decir que Tom le pegaba a su mujer en sus momentos de borrachera, pero Josephine no les creía, porque sabía que, si fuese cierto, Ida no se lo ocultaría. Ida Sentner no era de las que soportaban sus martirios en silencio.

Si no hubiese sido por la ayuda de Josephine, la familia de Tom Sentner habría tenido la gran oportunidad de morir de hambre. Josephine era quien los mantenía y su generosidad nunca flaqueó ni decayó. Alimentaba y vestía a sus sobrinos, y todas las medias grises que tejía, y cuyo destino representaba un misterio para David, eran para los Sentner.

Josephine, por su parte, tenía una granja productiva, una casa cómoda y una gruesa cuenta en el banco; además, era una mujer independiente y libre de preocupaciones. Y sin embargo, a pesar de todo esto, la mujer de Tom Sentner se lamentaba porque Josephine no tenía un marido que cuidara de ella. Josephine se encogió de hombros al no poder descifrar la actitud de su hermana y simplemente contestó con cierta ironía:

—¿E irme a vivir con Zillah Hartley?

—Sabes muy bien que no sería necesario. Desde que la mujer de John Hartley falleció, allí en Creek, John ha insistido para que Zillah vaya a vivir con él y, si David se casara, ella no tardaría en marcharse. En el caso de que tú fueses la señora de la casa, no lograrías que Zillah se quedase ni aunque quisieras. Además, ¡David tiene una casa tan linda! Es diez veces más linda que la tuya, aunque no puedo negar que la tuya es cómoda. Tiene la mejor granja de Meadowby; júntala con la tuya y verás qué hermosa propiedad tendrían. Josephine, ahora estás bien así, pero ¿qué harás cuando seas vieja y no tengas a nadie que pueda cuidar de ti? Confieso que eso me atormenta de tal manera que por las noches no logro conciliar el sueño.

—Yo pensaba que ya tenías bastante con tus propias preocupaciones como para que además te preocupes por mí —dijo Josephine con frialdad—. Y con respecto a la vejez, falta mucho para eso. Cuando tu Jack crezca lo suficiente como para adquirir cierto juicio, puede venir a vivir conmigo. Pero no me casaré con David Hartley; de eso puedes estar segura, mi querida Ida. Me habría gustado que lo escucharas anoche recitando poesías. Parece no importarle qué poesía recita; sólo recita lo primero que le

viene a la memoria. Recuerdo que una vez comenzó a recitar el principio de ese himno: «Escucha el rumor lastimoso de las tumbas», y hace dos años fue: «Para María en el Cielo». Lo recitaba de una manera tan lánguida que no podía contener la risa, pero me contuve porque no quise herir sus sentimientos. No tengo intenciones de casarme con nadie, pero si lo hiciera no sería con ese sentimental de David, que tiene tan buen carácter.

La mujer de Tom le dio un fuerte golpe a uno de los gansos desplumados que estaban sobre la mesa con la expresión que indicaba que no iba a seguir perdiendo el tiempo tratando de hablar con semejante tonta. ¡De tan buen carácter! ¿Acaso Josephine lo consideraba un defecto? La mujer de Tom suspiró. Si Josephine hubiese soportado durante quince años el mal genio de Tom Sentner, sabría apreciar a un hombre que tuviese buen carácter.

La ola de frío que envolvió al pueblo la noche en que David la había visitado no calmó sino que se agravó durante la semana. El sábado por la tarde, cuando Ida fue a buscar la jarra de crema, el mercurio del termómetro, que se sacudía en el porche de Josephine, indicaba que la temperatura era inferior a los cero grados. El mar del golfo ya no era azul, sino blanco a causa del hielo. Afuera, todo crujía y crepitaba. Adentro, Josephine había puesto estrepitosos leños por toda la casa, pero el único lugar realmente agradable era la cocina.

—Cúbrete bien la cabeza, Ida —le aconsejó con ansiedad, cuando la señora Sentner se dispuso a partir—. Tienes un resfrío muy fuerte.

—Hay una ola de resfríos —dijo Ida—. Todo el mundo está resfriado. David Hartley vino hoy a visitarnos y tosía de una manera horrible; en realidad, tiene una tos de perros, pero él nunca se cuida. Me contó que Zillah también está muy resfriada. Me imagino lo malhumorada que estará.

Esa noche, Josephine se quedó levantada hasta tarde para mantener el fuego encendido. Finalmente, se fue a acostar a la habitación que estaba frente al hogar de la sala de estar y no tardó en quedarse dormida. Soñó que el ruido del termómetro que golpeaba contra la pared del porche se hacía cada vez más fuerte e insistente. En ese momento, Josephine se despertó: alguien estaba golpeando la puerta del porche.

Saltó de la cama y corrió a buscar un abrigo y a calzarse. Estaba segura de que alguno de los Sentner se había enfermado. Abrió la puerta esperando ver al corpulento de Tom Sentner o tal vez a la misma Ida con los ojos desencajados y con una expresión de histeria en el rostro.

Pero era David Hartley. Jadeaba y la luz clara de la luna le permitió ver que no llevaba abrigo; además, tosía de una manera terrible. Antes de hacer algunas preguntas, Josephine lo tomó del brazo y lo empujó hacia adentro para protegerlo del viento.

—Por el amor de Dios, David Hartley. ¿Qué sucede?

—Zillah está muy enferma —dijo casi sin aliento—. Vine aquí porque era el lugar más cercano. Josephine, ¿no podrías venir, por favor? Debo ir en busca del médico y no la puedo dejar sola. Está sufriendo mucho. Sé que ustedes no se llevan muy bien, pero vendrás, ¿no es cierto?

—Por supuesto que iré —contestó Josephine—. Creo que no soy ninguna salvaje como para negarle ayuda a un enfermo, aunque fuese mi peor enemigo. Iré a preparar las cosas, mientras tú te sientas junto al hogar de la sala para entrar en calor. ¿Qué diablos pretendes saliendo así en una noche tan fría, sin abrigo ni guantes y con semejante resfrío?

—No pensé en nada de eso. Estaba tan asustado —se disculpó David—. Encendí un fuego en la estufa de la cocina tan rápido como pude y corrí hacia aquí. Estaba preocupado por Zillah; sus quejidos se escuchan en toda la casa.

—Necesitas que alguien cuide tan mal de ti como Zillah —dijo Josephine en tono severo.

En pocos minutos estuvo lista. Llevaba una canasta llena de remedios caseros.

—Porque tal vez allá no haya nada —murmuró.

Insistió en cubrirle la cabeza y el cuello con su gran chal escocés y le obligó a ponerse un par de guantes que había tejido para Jack Sentner. Luego cerró la puerta con llave y cruzaron el campo brillante, cubierto de nieve. Estaba tan resbaladizo que Josephine tuvo que aferrarse al brazo de David para mantener el equilibrio. Ante la emoción de sujetarla, David casi olvidó todo el resto.

Pocos minutos más tarde, pasaron por debajo de las ramas desnudas y brillantes de los álamos del jardín y por primera vez Josephine cruzó el umbral de la casa de David Hartley.

Años atrás, cuando era una niña, y cuando los Hartley vivían en la vieja casa donde había media docena de niñas, Josephine solía visitarlos con frecuencia. Todas las hermanas Hartley la querían, excepto Zillah. Ellas dos nunca se llevaron bien. Cuando las otras hermanas se casaron y se fueron, Josephine dejó de ir. Nunca había estado en la nueva casa y hacía ya muchos años que no se hablaba con Zillah.

Zillah era una mujer enferma, demasiado enferma como para ser cortés con Josephine. David se apresuró a partir en busca del doctor de Creek y Josephine se preocupó de que estuviese bien abrigado antes de dejarlo salir. Luego preparó una cataplasma de

mostaza para Zillah, y se sentó a su lado a esperar.

Cuando Ida Sentner fue al día siguiente, encontró a Josephine ocupada preparando cataplasmas de linaza. Tenía los labios fruncidos como si estuviese cumpliendo con un deber desagradable.

—Zillah tiene una fuerte pulmonía —dijo contestando a las preguntas de Ida—. El médico y Mary Bell vinieron desde Creek. Ella cuidará de Zillah, pero debe haber otra mujer aquí que se ocupe del trabajo. Creo que es mi deber y, por otra parte, no sé quién más podría hacerlo. Envía a Mamie y a Jack a mi casa hasta que yo vuelva. Iré todos los días para ver cómo marchan las cosas.

Al cabo de una semana, Zillah estaba fuera de peligro. El sábado por la tarde, Josephine fue a su casa para ver cómo estaban Mamie y Jack. Al llegar, encontró a Ida que enseguida envió a los niños al correo para poder escuchar las noticias que traía Josephine.

—Tuve una semana horrible, Ida —dijo Josephine en un tono de voz solemne, mientras, sentada junto al fuego, ponía los pies sobre el resplandeciente piso de la estufa.

—Supongo que Zillah es un poco caprichosa —dijo Ida con tono de compasión.

—No, no se trata de Zillah. De ella se encarga Mary Bell. Me refiero a la casa. Jamás viví en un lugar tan lleno de polvo y tan desordenado como ése. Siento más lástima por David Hartley que por cualquier otra persona.

—Ya debe estar acostumbrado —dijo la señora Sentner al tiempo que se encogía de hombros.

—No entiendo cómo alguien se puede acostumbrar a vivir así —protestó Josephine—. Y David era muy meticuloso cuando era niño. En cuanto llegué aquella noche, eché una mirada a la cocina. Creo que jamás lavaron la pintura de las paredes desde que construyeron esa casa. Y no me atrevería a decir que alguna vez fregaron el piso. Ida, los rincones estaban llenos de montañas de polvo. Podías juntarlo con una pala. El otro día lo barrí y creí que me ahogaba. En cuanto a la despensa... cuanto menos se diga, mejor. Y así está toda la casa. Podías escribir tu nombre en todos lados. Pero no pude limpiar todo. Zillah estaba tan enferma que no se podía hacer ningún ruido. Me las ingenié para barrer y sacar el polvo y limpiar la despensa y desde luego, cuidé que las comidas fueran sabrosas y que estuvieran bien cocinadas. ¡Tendrías que haber visto la cara de David! Parecía como si no se pudiera acostumbrar a tener todo limpio y agradable. Tuve que zurcirle las medias porque no tenía un solo par sano. En general, traté de hacer todo lo que estuviera a mi alcance para que disfrutara de un poco de comodidad. Pero no podía hacer demasiado. Si Zillah oía ruidos, enviaba a Mary Bell para saber qué sucedía. Cuando quería subir las escaleras, tenía que sacarme los

zapatos y caminar en puntas de pie para que ella no escuchara. Y tendré que quedarme dos semanas más, porque Zillah no podrá levantarse hasta entonces. No sé si en realidad lo soportaré y tal vez me ponga a fregar toda la casa, desde la buhardilla hasta el sótano, a pesar de ella.

La señora Sentner no dijo mucho pero pensó: «Siente pena por David. Bueno, siempre oí decir que de la pena al amor hay un solo paso. Veremos qué sucede».

Josephine logró sobrevivir a esas dos semanas. Una mañana, le comentó a David mientras desayunaban:

—Bueno, creo que Mary Bell podrá encargarse del trabajo a partir de mañana, David. Me iré a casa esta noche.

El rostro de David se nubló.

—Sí. Supongo que no tenemos por qué retenerte aquí más tiempo. Josephine, fuiste muy buena en haberte quedado todos estos días. No sé qué hubiésemos hecho sin ti.

—De nada —lo interrumpió Josephine.

—No regreses caminando —dijo David—; la nieve está muy profunda. Yo te llevaré cuando quieras.

—Me iré cuando oscurezca —dijo Josephine con voz pausada.

David se fue a trabajar con una expresión sombría en el rostro. Durante tres semanas había vivido rodeado de comodidades. Sus necesidades eran atendidas, la comida estaba bien hecha, bien servida y todo estaba brillante y limpio. Pero por sobre todas las cosas, Josephine había estado allí, con su sonrisa alegre y su carácter afable. Bueno, ya todo había terminado.

Josephine permaneció sentada mucho después que David partió. Malhumorada, miró la azucarera y le hizo un gesto negativo a la tetera.

—Tendré que hacerlo —dijo finalmente—. Me da pena y no puedo hacer otra cosa.

Se levantó, fue hasta la ventana y miró los campos nevados y su casa, anidada entre el huerto y la arboleda de abetos.

—Es muy cómoda y acogedora —dijo con tono de arrepentimiento— y siempre quise conservar mi independencia y mi libertad. Pero es inútil. Nunca volveré a tener un momento de paz, porque viviré pensando en el desorden y la suciedad en que vive David. ¡Y él que es tan meticuloso y prolijo por naturaleza! No hay duda de que mi

deber es venir aquí y hacerle la vida más placentera; como dirían ustedes, el mandato de la Providencia. Lo peor es que tendré que decírselo yo misma. Nunca se atreverá a mencionar el tema otra vez, después de lo que le dije aquella noche en que me propuso matrimonio. Desearía no haber sido tan terminante. Ahora tendré que decírselo yo misma... si es que alguna vez se lo digo. Pero de lo que sí estoy segura es que no empezaré recitando poesías.

Josephine echó la cabeza, coronada por las brillantes trenzas de cabello negro azabache, hacia atrás y se rió con ganas. Corrió al hogar y avivó el fuego.

—Haré carne y repollo para la cena —dijo— y ese budín que tanto le gusta. Después de todo, es agradable tener en quien pensar y por quien hacer planes. Siempre me pareció un derroche de energía preocuparme por la comida, cuando no había nadie más que yo para comer.

Durante todo ese día, Josephine cantó y trabajó al mismo tiempo; en cambio, la expresión de David era la de un hombre que debe ir a la horca sin recibir la bendición de la Iglesia. Cuando cayó el sol, David regresó para comer. Estaba tan abatido que Josephine tuvo que ir hasta la despensa para no reírse delante de él. Logró contenerse golpeando el aparador con el pelapapas. Luego, salió de la cocina y se sentó a la mesa.

La cena no resultó un éxito desde el punto de vista social. Josephine estaba nerviosa y David, sombrío. Mary Bell devoró la comida con su habitual rapidez y luego corrió a llevarle la cena a Zillah. David dijo de mala gana:

—Si quieres irte ahora, Josephine, desataré a Red Rob y te llevaré.

Josephine comenzó a doblar el mantel. Una vez más deseó no haber sido tan terminante aquella vez en que David le propuso matrimonio. Sin contestarle, Josephine dijo con tono enojado (siempre usaba ese tono cuando hablaba en serio):

—Quiero decirte algo acerca de Zillah. Se está reponiendo, pero tuvo un trastorno tan fuerte que pongo en duda el hecho de que se recupere pronto. Durante todo este invierno, no podrá hacer ningún trabajo pesado. Si quieres mi consejo, creo que debería ir a otro lugar en cuanto se sienta mejor. Ella opina lo mismo que yo. Además, Clementine quiere que Zillah vaya a pasar una temporada con ella al pueblo. Sería lo mejor que podría hacer.

—Desde luego. Si ella quiere, puede ir —dijo David lentamente—. Puedo arreglármelas solo por un tiempo.

—No sería necesario que te las arreglaras solo —dijo Josephine más enojada que nunca—. Yo... yo vendré y te ayudaré con la casa, si quieres.

David la miró sin comprender.

—¿No crees que la gente comenzaría a hablar? —preguntó vacilante—. No es que a mí...

—No veo por qué la gente tendría que hablar —lo interrumpió Josephine— si nos casáramos.

David dio un salto tan violento que casi derriba la mesa.

—Josephine, ¿estás hablando en serio? —exclamó.

—Por supuesto —contestó en un tono de voz casi furioso—. Ahora, por el amor de Dios, no digas ni una palabra más sobre este asunto. No puedo seguir hablando. Vete a tu trabajo. Quiero estar a solas un momento.

Por primera y última vez, David no la obedeció. En vez de irse, se acercó con pasos largos, la tomó del brazo y la besó. Y Josephine, después de vacilar por un instante, le devolvió el beso.